

Elogio de *Hermes*

D. Germán Yanke

Director de opinión en el periódico El Mundo

Glosa literaria sobre el espíritu y los ideales de quienes impulsaron la revista *Hermes*.

Hermesentzat gorazarrea

Literatur kutsuko elkar hizketa *Hermesen* idatzi zituztenen ideiak eta gogoak aztertuz.

In Praise of *Hermes*

A literary comment on the spirit and ideals of the individuals responsible for promoting the journal *Hermes*.

Joseba Agirreazkuenaga, con la iniciativa de rendir homenaje a la revista *Hermes*, me proporciona la ocasión de hacer ante ustedes un elogio del nacionalismo, o de cierto proceder del nacionalismo, si he de ser más preciso. Puede resultar, al menos para quienes me conozcan, un propósito chocante, pero es, ciertamente, un propósito, es decir, tan voluntario como intencionado.

Es un elogio de un episodio del nacionalismo vasco porque, a mi entender, *Hermes* era una revista nacionalista. No sólo una publicación dirigida y financiada por nacionalistas, sino una revista de ideología nacionalista, aunque este último término, sobre todo referido a la provincia de las ideas, no sea unívoco y necesite explicación.

“*Hermes* -se lee en el primer número- viene a cooperar en una obra noble: la afirmación espiritual de la raza”. Es cierto que esta palabra -raza- era también utilizada por quienes entonces destacaban como adversarios del nacionalismo, por ejemplo Unamuno, sin que, con ello, se quisiera establecer la existencia de rasgos biológicos determinados, sino un cierto espíritu, amasado por la historia y las costumbres, que se constituía en denominador común. Los promotores de *Hermes* la usaban también en este sentido pero, para ellos, aquella afirmación espiritual establecía un vínculo entre las personas y el “solar nativo” que iba claramente más allá del individualismo liberal. La vinculación podía ser voluntaria, es decir, alejada de imposiciones y mucho más de “banderías” (como se explica en el número 11 de la revista), pero implicaba una sumisión de los individuos a la patria, que era el valor supremo. Y precisamente en la sumisión estaba el “orgullo, noblemente confesado, de nuestra calidad de vascos”, como escribe en una de sus páginas el director de *Hermes*, Jesús de Sarría. Es algo, además, en lo que la publicación insiste incluso en el apéndice dedicado en 1921 al Athletic de Bilbao: “Es su misión -la de la revista- recoger la expresión sensible de las fuerzas vitales del pueblo vasco para mostrarlas al mundo con orgullo”.

Sentían sus promotores, ha escrito Juan Pablo Fusi, “la necesidad de afirmar la nacionalidad vasca”, y su empeño se encuadra en otro, más general, que llamaba al Renacimiento Cultural Vasco buscando en las artes y en la cultura los rasgos que definieran e impulsaran lo vasco. Sarría, en el segundo aniversario de la revista, escribe estas significativas palabras: “*Hermes* se cree, sin incurrir en jactancia, con derecho a considerarse como un promotor del movimiento triunfal de afirmación vasquista que estamos presenciando”.

Lo interesante de *Hermes*, sin embargo, es el modo en que se llevó a cabo este proyecto, coincidente, por cierto, con algunas de las iniciativas que Ramón de la Sota puso en marcha al llegar a la presidencia de la Diputación de Vizcaya -fue el primer nacionalista en ese cargo- el mismo año en que nació la revista.

El llamado Renacimiento Cultural Vasco, escaso de recursos intelectuales y artísticos de interés en la mayoría de los casos, terminó por empequeñecer la

vida cultural del País Vasco en general y, en concreto, la de Bilbao. El principal defecto de su intención fue el carácter excluyente, la búsqueda, a veces dogmática, de los elementos que configurarían la cultura, las costumbres y la “esencia” vascas. En ese escenario se recela de todo lo exterior y se combate la “contaminación” que daña la pureza de los vascos, una pureza que residiría en un recóndito escondrijo del pasado que era necesario reconquistar.

Son las bambalinas entre la que Usandizaga es considerado un músico que ha abandonado “los ensueños vascos de sus abuelos”, como escribió el diario Euzkadi, y Ravel un “francés españolizado” que no respondía a los cánones que dotaban de legitimidad vasca. Las mismas bambalinas entre las que Unamuno se convierte en una suerte de traidor a sus orígenes e identidad, y Zuloaga, por no seguir con los ejemplos, en un snob cosmopolita que, contagiado por maneras ajenas, es decir, extranjeras, se entrega al mercado.

Hermes es otra cosa. Sus promotores buscan también la identidad vasca pero, en vez de encontrarla en un incólume pasado, pretenden construirla con una mirada abierta al mundo. La nación sigue teniendo un peso que, aunque permite la heterodoxia y alguna que otra extravagancia, no acepta, sin embargo, las desviaciones más profundas. Sin embargo, lo mejor del mundo exterior podía ser parte de esa identidad en progreso, y quienes tenían algo que decir, aunque no formen parte de la comunidad, podían ser “invitados al salón”, que es una expresión del propio Sarría, para enseñar lo que saben y enriquecer “la revista del País Vasco”.

La memoria seguía teniendo más peso que la libertad y *Hermes* no era, por ello, una revista liberal. Pero es justo reconocer que comenzó su andadura con una mirada amplia y reparadora. Alejandro de la Sota, rememorando la breve historia de la revista, señala que “su labor primera fue reparar injusticias”. Esto es, dejar a un lado el dogmatismo exclusivista del Renacimiento Cultural Vasco propiciado por otros nacionalistas y asociar “a nuestras glorias inmortales nombres de hijos de nuestra madre tierra que ya eran reconocidos en Europa y que aquí estaban olvidados o mal interpretados, porque, sencillamente, apenas se les quería dar a conocer”. Es verdad que, a lo largo de esta aventura intelectual, su trabajo fue tratado “de manera pródiga en las páginas de *Hermes* y rindiéndoles al fin homenajes que era menester rendir”. El empeño tenía, de todos modos, el carácter de sumar a la memoria futura esa realidad, en vez de afianzar una identidad, por decirlo de modo más contemporáneo, “constitucional”, es decir, fundamentado en la voluntad de los ciudadanos.

En el quinto aniversario de la publicación, el propio Alejandro de la Sota escribe que “por tanto, me permití repetir una frase de Chejov: Dejemos que las generaciones vendieras consigan la felicidad, pero seguramente tendrán que preguntarse a ellas mismas con qué objetivo vivieron sus antepasados y cuál fue la causa de sus sufrimientos”. Con ello, según una nota de La Dirección aparecida en 1920, en el tercer aniversario de *Hermes*, se considera que

la revista “ha convertido en tradición, en necesidad o uso con abolengo, un prurito intelectual cuya aparición mostraba que los vascos habíamos llegado a la plenitud de vida que abre la etapa de los grandes destinos”.

Sarría era un nacionalista heterodoxo, lo que apunto ahora (después de haber dicho que *Hermes* permitía la heterodoxia en el nacionalismo de la época) no para venerar ésta sino, sencillamente, la heterodoxia. Lo fue también ideológicamente, con sus planteamientos cercanos al social-liberalismo en el seno de una burguesía claramente conservadora. Y lo fue vitalmente, incluso en sus extravagancias, hasta el punto de resultar un poco fuera de lugar entre los tertulianos de la Sociedad Bilbaina, y mejor visto, a pesar de cierta inclinación hacia el lujo, por alguno de los camareros de la famosa entidad.

El empresario que sotouvo la aventura fue también del PNV. No necesitaba ser heterodoxo porque influía en el partido lo necesario para que nada fuese contrario a sus intereses. Al fin y al cabo, había sido él, sir Ramón de la Sota, el que lo había modernizado. Sin Sota, Sabino Arana habría sido un idealista iluminado (como resultó ser ante el propio Sota y sus amigos tras el famoso discurso de la campa de Larrazabal), y, sin Sota, Sarría se habría quedado, seguramente, en un raro gacetillero ligeramente subversivo. Naturalmente, subversivo de salón. El poeta Ramón de Basterra, que más que heterodoxo se distinguía por sus ocurrencias geniales, las tuvo también sobre el futuro de Bilbao. Estaba convencido de que la conjunción del poder económico y el nacionalismo, como movimiento popular, podría aportar a Bilbao el poder que merecía y, al mismo tiempo, la promoción de la cultura. Seguramente por eso vio en el Sarría apoyado por Sota “el tesorero de nuestras esperanzas”. Para serlo de muchos, cuidó de alejar la revista de batallas políticas cotidianas: “Quede para publicaciones de partido el examen de ese aspecto aludido y así no enturbiaremos en nada el ambiente sereno y neutral de la revista”.

Pero, a mi modo de ver, el alma de *Hermes* fue Alejandro de la Sota, en el que se unían la familia del empresario y el afán por la cultura universal. Buena parte de la maquinaria de la revista, oculta pero necesaria para que cualquier proyecto salga adelante, es obra de Alejandro de la Sota, el mejor cronista que ha tenido Bilbao. Y buena parte de las mejores colaboraciones publicadas en la revista, sobre todo las de escritores extranjeros, son obra de su empeño apologético durante sus viajes a París y Londres. Alejandro de la Sota noveló las aventuras de una costurera bilbaina emigrada a París en un librito delicioso titulado *Rosalía en París*. En las páginas de esta novela creo ver un trasunto del autor en el personaje que va una y otra vez a visitarla y le pone en contacto con los movimientos literarios en boga, las exposiciones más vanguardistas o los espectáculos más impactantes. Algo parecido hizo con los bilbainos de su época a través de las páginas de *Hermes*, con su firma y con la de sus amigos.

Lo más importante de *Hermes*, sin embargo, no fue publicar a Ezra Pound, a Juan Ramón Jiménez y a Zenobia Camprubí, ni a tantos estudiosos y profesores ingleses y franceses. Ni tampoco el acierto de reunir en sus páginas a los artistas y escritores que, pasado el tiempo, son referencia ineludible de la cultura del País Vasco. Ni incluso dedicar tan denodado esfuerzo a ofrecer la mejor versión del País Vasco sin mentir y sin evitar la queja o la crítica. Lo más destacable de *Hermes* fue el acuerdo cultural que implicó y que era precisamente lo que se buscaba: un espacio para la reflexión serena, un espacio que es nacionalista pero en él cabe el debate de ideas sin exclusiones ni dogmatismos.

Sin duda hacían falta personas de una talla especial. Jesús de Sarría, que terminó suicidándose, y Alejandro de la Sota, vuelto al mustio Bilbao después del exilio, dejaron, al morir, el vacío que sólo producen los personajes de su calidad. *Hermes* era ya historia, más historia en el caso de Sota, pero su ausencia afectó a todos demostrando que, además de admirarles, se les quería. Pero no todos tienen capacidad logran lo que ellos lograron.

Hermes, en definitiva, fue un espacio abierto de debate, una conversación en la que participaron nacionalistas y no nacionalistas. Nadie pretendió que unos y otros dejaran de ser lo que eran, pero supieron apreciar que las ideas eran no solamente plurales, la discrepancia era precisamente su lugar de encuentro. Unamuno junto a Belusteguigoitia, Baroja junto a Elizalde, Sarría junto a Bastera, Alejandro de la Sota junto a Salaverría, Zuloaga junto a Guiard, etcétera. Y así llegaron a sentir *Hermes* como algo más que el salón abierto de Sarría, como su propia casa.

Se han elogiado a menudo las palabras de Ortega y Gasset en la presentación de la revista en Madrid, porque *Hermes* tuvo pronto eco fuera del País Vasco. Pero yo me temo que Ortega, tan circunspecto, no dio con la verdadera clave. *Hermes* no era la mejor versión de algo que se podría llamar, al estilo de aquellos años, “cultura regional” o “localismo”, como hace el propio Ortega. Lo fundamental, siendo importante, no era que aquellos señores elegantes emplearan su tiempo, sin atisbo de cerrazón, en leer a los clásicos y a los modernos. Ni incluso que quisieran que sus conciudadanos compartieran con ellos esas lecturas para asimilar cuanto de interesante hubiera a su disposición, fuera cual fuese su procedencia. Lo mejor de *Hermes* fue convertirse en un espacio de discrepancia serena y amistosa. Y, por ello, desde sus orígenes nacionalistas, dejó de ser, si me lo permiten, una “revista de cultura vasca” para convertirse en una revista vasca de cultura. Y la hicieron un grupo de nacionalistas, lo que ahora se convierte en una enseñanza tanto para quienes no lo son como para sus sucesores.